Consejo Episcopal Latinoamericano
CELAM

Post. 4
e. 65
1 e.

INSTITUTO PASTORAL DEL CELAM

- 4405 -
Biblioteca

IGLESIA Y POLITICA

*Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral
del CELAM*

Documento CELAM N° 13

SECRETARIADO GENERAL DEL CELAM

Calle 78 N° 11-17
Apartado Aéreo 5278
Bogotá - Colombia
Julio 1973

CONTENIDO

Presentación	7
Introducción	9
I - Concepto de política	11
II - El fomento político en América Latina	17
III - La Iglesia en este fenómeno político	21
IV - Dimensión política de la misión de la Iglesia	25
V - Iglesia y opciones socio-políticas	33
VI - Laicos, sacerdotes, religiosos y compromiso político	43
1. Los laicos	44
2. Los sacerdotes	45
a) El compromiso sacerdotal por el bien común y la justicia	46
b) Compromiso sacerdotal en relación con la búsqueda, ejercicio y distribución del poder	48
3. Los religiosos y la política	52

PRESENTACION

El Consejo Episcopal Latinoamericano - CELAM cuenta con un Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral.

Este Equipo presta un servicio de asesoramiento en el plano teológico y pastoral en orden a una explicitación, aclaración y búsqueda de las líneas teológico-pastorales asumidas por el CELAM o que el CELAM asuma en el futuro y en orden a mantener, dentro de un legítimo pluralismo, un minimum de coherencia en la actividad pastoral dentro de las características y exigencias de América Latina.

El Equipo está presidido por el Secretario General del CELAM y es de carácter interdisciplinario, constituido por teólogos, sociólogos, pastoralistas, etc.

Entre sus objetivos está el recoger las preocupaciones, los problemas, la reflexión y líneas de acción que surgen de las Conferencias Episcopales, de las Iglesias locales del continente o de grupos particulares del pueblo de Dios.

El tema Iglesia y Política, tan complejo y delicado, ha sido estudiado por algunos miembros del Equipo.

Con motivo de la VII Reunión Interamericana de Obispos realizada en Montreal —Canadá— en mayo de 1972, el Equipo de Reflexión prepara un documento de trabajo pero sin intención de publicarlo. Posteriormente se consideró que convenía darlo a la publicidad.

El Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral del CELAM, ofrece, pues, las siguientes consideraciones como un sencillo instrumento para el diálogo.

No son más que eso; no aspiran a más.

El diálogo urgente sobre este asunto puede encontrar en ellas una ayuda orientadora.

El tema Iglesia y Política es de palpitante actualidad y requiere constante profundización.

Medellín ha hablado con claridad al respecto: recordemos por ejemplo, lo que dice en el documento sobre Justicia:

*"El ejercicio de la autoridad política y sus decisiones tiene como única finalidad el bien común".
"En Latinoamérica tal ejercicio y decisiones con frecuencia aparecen favoreciendo a sistemas que atentan contra el bien común o favorecen a grupos privilegiados".*

"La carencia de una conciencia política en nuestros países hace imprescindible la acción educadora de la Iglesia, con objeto de que los cristianos consideren su participación en la vida política de la nación como un deber de conciencia y como el ejercicio de la caridad, en su sentido más noble y eficaz para la vida de la Comunidad" (Nº 16).

Este problema exige un estudio atento y permanente; estudio que debe partir de la realidad del Continente y que debe dejarse iluminar por el Evangelio y por el magisterio social de la Iglesia de Cristo.

Estas páginas pueden ser útiles en dicho estudio.

Esperamos ofrecer otros trabajos del Equipo de Reflexión del CELAM sobre temas abordados en sus reuniones.

† ALFONSO LOPEZ TRUJILLO
Secretario General del CELAM

INTRODUCCION

Después de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunida en Medellín, se ha ido ahondando más la conciencia social y política de la Iglesia. Coincide con una toma mayor de conciencia de nuestros pueblos.

Se ha profundizado en el estudio del "fenómeno de esta casi universal frustración de legítimas aspiraciones" (justicia, Nº 1), de sus causas reales y de las posibilidades para el futuro.

La Iglesia, en la totalidad de sus miembros, se siente interpelada. De ella se esperan orientaciones y actitudes concretas.

Es, por tanto, necesaria una reflexión seria sobre varios puntos. Intentaremos presentar algunas líneas, a manera de indicaciones elementales, sobre los siguientes aspectos que son de especial interés:

- Concepto de Política
- El fenómeno político en América Latina
- La Iglesia en este fenómeno político
- Dimensión política de la misión de la Iglesia
- Iglesia y opciones socio-políticas
- Laicos, sacerdotes, religiosos y compromiso político.

I

CONCEPTO DE POLITICA

Ante una utilización ambigua, bastante extendida, del término política, debemos hacer el esfuerzo de precisar el concepto.

Entendemos aquí por política la actividad relacionada con el ejercicio del *poder* en orden a promover el *bien común*.

El concepto de política suele emplearse de diversas maneras:

1) En un *sentido amplio y general*, la política puede ser tomada en su *relación con el bien común*. Es, de esta manera, el esfuerzo de la comunidad social por el establecimiento de formas determinadas de vida social para la realización humana de sus miembros, sin apelar *directamente* a la conquista o al mantenimiento del poder.

2) En un *sentido estricto*, la política dice directa relación con la búsqueda, ejercicio y distribución del *poder*, factor unificante de la comunidad social. Esta relación con el *poder*¹ es *esencial* y colorea la utilización más difundida

1. La utilización *estricta* es la adoptada como objeto de la Politología. Ya Marx WEBER definía la política como "La aspiración (Streben) a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen" (WEBER, M., *El Político y el científico*, Editorial Alianza Popular, p. 84). P. RICOEUR estima que se debe entender por política "El conjunto de actividades que tienen por objeto el ejercicio del poder, y por tanto también la conquista y la conservación del poder será política toda actividad que tendrá por objeto, e inclusive sólo por efecto, influenciar la repartición del poder". Esta noción que ofrece en *Histoire et Vérité*, ayuda a subrayar que la política es ante todo actividad. Suele hacerse entre los autores franceses la distinción entre

del término. Al interior de este sentido estricto encontramos una posterior concreción en cuanto el concepto se une con la actividad *partidista* que, en circunstancias normales y especialmente en el libre juego democrático, se presenta. Aunque se observa en la sociedad una cierta pluralidad de *poderes* que tienen fuerte influjo en la orientación y suerte de la sociedad, por ejemplo, el poder económico, el poder militar, etc.; todos éstos en su red de recíprocos condicionamientos e interferencias, como en una pirámide, convergen hacia el *poder central*, decisivo en última instancia, representado por la "Autoridad"².

En concepto de *bien común* no debe ser algo abstracto. Comprende las aspiraciones más profundas de un pueblo en orden a su concreta realización. La Iglesia ha colaborado en profundizar notablemente el concepto de bien común y en darle una significación concreta y exigente. La descripción que formula el Concilio tiene especial valor: "El bien común abarca el conjunto de aquellas condiciones de vida social con las cuales los hombres, las familias y las asociaciones pueden lograr con mayor plenitud y facilidad su propia perfección" (GS 74). En América Latina esta concepción se tiene muy presente y cabe una progresiva profundización, enraizada en los acontecimientos.

La política, en el sentido estricto al que hemos aludido, está unida a la búsqueda y obtención del poder. El ejercicio de poder es concebido como la mediación social de la "autoridad política" (GS 74), para la realización del hombre en la comunidad. La política implica la búsqueda de programas que aseguren las condiciones objetivas para el pleno desarrollo del hombre en la sociedad.

El bien común se orienta, visto en una dimensión de profundidad, a la *justicia*, que es también el objeto del poder político, la cual no se limita a la repartición de bienes

Le Politique, proyecto de organización razonable de la libertad, que busca crear un conjunto de estructuras y de relaciones que permiten a un grupo humano su desarrollo, y La Politique, definida como acción contingente y particular de un grupo político, en un momento preciso de su historia, y que se refiere al poder (Cf. COSTE, René, *Las comunicaciones políticas*, Herder, Barcelona 1967, pp. 45, 52 y *Les Dimensions Politiques de la Foi*, Les Editions Ourrières, p. 40).

2. "El poder, —observa Pablo VI en su carta al Cardenal Roy—, constituye el vínculo natural y necesario para asegurar la cohesión del cuerpo social; debe tener como finalidad la realización del bien común... sirve para crear eficazmente y en provecho de todos las condiciones requeridas para conseguir el bien auténtico y completo del hombre..." (Oct. Adv. 46).

debidos, sino que implica el reconocimiento real de derechos, aptitudes, aspiraciones legítimas, de toda la comunidad, de grupos y de personas. La justicia ha de mirar fundamentalmente lo que el Sínodo de los Obispos denomina "El Derecho al Desarrollo", poniendo las bases para la superación de desequilibrios, e injusticias (en sus diversas manifestaciones) en una asunción creativa de deberes y responsabilidades, de libertad y comunión³.

La política debe estar plenamente orientada *al servicio del hombre*, sujeto, —no simplemente objeto— de la acción social. En la estructura dinámica de convivencia social, es el hombre, quien como sujeto designa los representantes que detentan el poder, no como instrumento de dominación, sino como servicio eminente para el pleno desarrollo del hombre, partiendo de sus aspiraciones más profundas y respetando sus valores trascendentales. Ha de notarse que en la política están tanto en juego los fines y los valores como los medios de alcanzarlos, acerca de lo cual hay una apreciable intuición en la nueva conciencia latinoamericana.

La acción política comprende diversas actividades y niveles. Propongamos algunos ejemplos que muestran una creciente gradación de participación en la política: votar secretamente, emitir juicios sobre la marcha de un Estado, orientar la actividad política por medio de consejos, participar activamente en partidos políticos, ser líder de ellos, aceptar ser miembro de los poderes públicos, etc.

En rigor, lo política se concentra en el Estado, y nos es indispensable percibir con claridad la importancia del Estado, en el tema que nos ocupa, muy particularmente, porque la Iglesia es una comunidad —institución— que está siempre "dentro" de los Estados, los más diversos. Esa realidad, tan concreta, que implica también el sometimiento a su ordenamiento jurídico, impide hablar de la Iglesia y del Estado de modo abstracto, como si se actuara en la historia pero "fuera" de la historia. La Iglesia está condicionada por las circunstancias y modalidades de los Estados, lo cual amplía o reduce el radio de su indispensable libertad pastoral, está condicionada también por el cúmulo y des-

3. Es bien aceptable, en este contexto la afirmación de Rein-Hold Nieburhr: "La esencia misma de la política es la consecución de la justicia por medio de los equilibrios de poder" (Citado por John A., ROBINSON en *La Iglesia en el Mundo*, Ediciones Península, Barcelona, 1960, p. 54).

arrollo de los recursos humanos y materiales de lo institucional. No puede aceptarse, como hoy muchos lo hacen con excesiva facilidad, en un comportamiento que pase por alto estas realidades, propias de su "encarnación" y alimente una visión irreal de la Iglesia, que lleva a que se le pida cosas desproporcionadas e irrealizables, ajenas a la verdad de su situación histórica concreta. No deja de ser curiosa paradoja que mientras más se reconoce la importancia de la mediación del poder en el desarrollo social, haya cristianos que minimizan de hecho el alcance del Estado, y sueñan con concebir el compromiso político del cristiano al margen de éste.

La progresiva importancia de la política es, normalmente, un signo de madurez, ya que exige una tal participación en el acontecer social, una presencia tan responsable que dilata las relaciones entre los hombres y entra los pueblos y ayuda a crear, al menos en principio, un espacio de libertad para la realización humana.

No se debe hacer bruscamente el tránsito de la acen tuada significación y repercusión que se reconoce a la política, —sobre todo en su concepción estricta—, hacia la acrí tica aceptación del fenómeno político como englobante y *totalizante* del hombre, con lo cual se abren, de par en par, las puertas a graves confusiones. La política es un aspecto, de gran importancia ciertamente, del ser humano, *pero no lo abarca integralmente*.

Es un sector de la actividad del hombre que se entrecruza con otros, en un recíproco influjo, pero que no agota *todo* quehacer.

Hay una avalancha de afirmaciones que miran al hombre, *solamente*, desde una perspectiva política y que procuran concebir la misión de la Iglesia en una dimensión excluyente de "tonalidad política" (en la mayoría de los casos sin explicar el contenido en que se utiliza el concepto). Muy oportuna es la advertencia que proporciona un destacado experto en la materia: "La esfera política no abarca todas las dimensiones colectivas y personales de la existencia humana, aunque, de una manera u otra, pueda llegar a interesar a todas. Pero, si eso ocurre, no puede ser sino sólo en un cierto punto de vista y bajo varios límites. La esfera de autonomía de la persona individual debe ser tan amplia y dilatada como sea posible, y las esferas económica, social,

cultural, "religiosa", deben conservar su especificidad". Y agrega, abundando en punto tan crucial: "Lo mismo que *Le Politique* no es toda la existencia colectiva, *La Politique*, no obstante lo importante y necesario que sea, **NO ES TODA la persona individual**. Hombres y mujeres pueden prestar grandes servicios a la humanidad sin que el compromiso central, eje de su vida, sea un compromiso político. Conceder privilegio exclusivo a éste, conduciría al riesgo de hacer olvidar dimensiones esenciales de la existencia humana, sin las cuales la misma política perdería toda significación auténtica" ⁴.

Indicar el peligro de planteamientos muy en boga respecto de una "TOTALIZACION" de lo político, no equivale ni a negar su trascendencia, ni a confinar "la esfera" política en un rincón del actuar humano, ni a respaldar una ética individualista. Ha sido ésta una grave tentación de fuga en la que no pocos han incurrido. La realización y la proyección de la libertad del hombre se miden también y, muy especialmente, en su capacidad de relacionamiento responsable, en su capacidad de encuentro y comunión con los demás. Es éste un elemento fundamental de su personalización, que exige la apertura al otro, al grupo, a la pequeña y grande comunidad, en sus concretas circunstancias ⁵.

Hemos intentado ofrecer algunas precisiones sobre el concepto de política, seguidas de consideraciones introductorias que juzgamos útiles. Complementémoslas con dos sencillas observaciones:

- Si la política, en sentido estricto, tiene una relación tan esencial con el poder, la autoridad, el Estado, en el cual se concentra, no se puede dejar al margen el mundo del *Derecho*, mediación también necesaria entre los miembros de la sociedad y que les permite (en sus dimensiones política y ética) constituirse en comunidad. El proceso de "Anomía", una cierta desconfianza y desprecio por el andamiaje jurídico, por la estructura legal, son, aunque se crea lo con-

4. COSTE, R., *Les Dimensions Politiques de La Foi*, pp. 38 y 42.

5. Esta preocupación que anima la reflexión de la llamada "Teología Política", cultivada por J. B., METZ, MOLTSMANN y otros es muy justificable.

6. *Politique, Eglise et Foi*, Le Centurion, 1972, p. 133.

trario, otra forma de fuga en el compromiso político. Las indispensables reforma estructurales suponen el reconocimiento de la mediación del *Derecho* y de su necesaria adaptación.

● Es preciso tener presente que el desarrollo *integral*, la liberación de nuestros pueblos, aun al margen de las múltiples implicaciones teológicas, *no puede provenir sólo de la actividad política*⁶. La liberación tampoco será posible sin contar con esta importantísima realidad; y cuando se relaciona con la comunidad cristiana, en cuanto a *implicaciones y repercusiones* de su proceder puede haber oscuras y confusas "neutralidades", y también por cierto discutibles "compromisos"⁷. Las páginas que siguen pretenden ayudar a reflexionar en esta temática compleja y urgente.

7. Una cosa es sostener que la Iglesia y el Evangelio no son políticos, en su sentido estricto, (en su connotación de fuerzas y partidos en tensión y lucha por el poder), en relación con lo cual no es erróneo hablar de "neutralidad", y otra, pensar que la Iglesia pueda asumir posiciones de indiferencia delante del bien común y de la justicia. Es útil la indicación del Episcopado Francés, cuando recuerda que "*ninguna opción es neutra*", ya que "la Biblia manifiesta un cierto número de exigencias éticas que son trazadas netamente: el respeto a los pobres, la defensa de los débiles..." y en virtud del "vigor movilizador del Evangelio contra las situaciones de desafío y abuso...". Estos son, añaden los obispos: "*criterios Evangélicos* —normativos de su adhesión y de su rechazo—". (Documento del Episcopado Francés, "Pour une pratique Chrétienne de la Politique", Lourdes, 1972, 1, 3).

II

EL FENOMENO POLITICO EN AMERICA LATINA

Un análisis sociológico verdaderamente científico ha de tener en cuenta además de hechos y datos actuales, las tendencias que se van forjando y ha de procurar hacer una adecuada explicación de sus causas.

No obstante que la mayor parte de la población latinoamericana se encuentra marginada de una real participación política y carece de una verdadera conciencia política, (es decir, permanece apolitizada), en importantes sectores se observa un crecimiento de dicha conciencia con la consecuente movilización. Cabe hablar de una *movilización política*, impulsada por una nueva conciencia, presente ya en *minorías activas*, lo cual configura un fenómeno que tiende a extenderse. Se puede afirmar que la politización es un hecho innegable, aunque el fenómeno es fundamentalmente cualitativo.

Este fenómeno de la politización asume características diversas en los distintos países. Las soluciones que se buscan para superar las situaciones de injusticia son diferentes, lo cual fácilmente se percibe: unas son de tipo democrático, basadas en la libre elección —al menos con contornos de una democracia formal—; otras de tipo militar, en la mayoría de los casos, que siguen en la modalidad de gobierno y en sus programas inmediatos vías disímiles; otras soluciones pueden inscribirse en tentativas de carácter neocapitalista, populista, socialista, social-demócrata, etc.

En este abanico de soluciones quizás es en América Latina lo más novedoso la presencia de grupos cristianos que optan ya por el sistema socialista en general, sin que

aporten mayores concreciones, ya por un socialismo-marxista (normalmente no comunista, pues, al menos en ciertos niveles se tienen serios recelos de una instrumentalización del "partido"). En algunos casos aparece que el entusiasmo inicial en la opción por el socialismo va acompañada de una sensible reducción de la capacidad crítica, y de un conformismo semejante al que se advierte en grupos cristianos que han sido absorbidos por el neocapitalismo y que asumen actitudes complacientes ante formas de poder establecido demasiado dóciles a los países económicamente desarrollados, con lo cual el fenómeno de la dependencia económica, política y cultural se ahonda por una resignada, y a veces cómplice, dependencia psicológica. Otros buscan un socialismo democrático o se incorporan a las filas de la democracia cristiana, buscando así comprometerse con la transformación de la sociedad. Se da, de hecho, un pluralismo de vías en los diferentes países y una amplia gama de opciones entre los mismos cristianos. Los grados de desarrollo político alcanzado condicionan fuertemente las formas diversas de opción política.

En los últimos años se ha modificado profundamente la fisonomía política de América Latina. En efecto, durante la década del 60 aparecía como algo más o menos indiferenciado. La interacción mutua de los Estados no era tan grande. Hoy, en cambio, se presenta con claridad una dinámica de recíproco influjo entre los distintos Estados, sin que se pueda hablar de una "integración" política progresiva. Estamos de frente a ciertos contrastes: por una parte, las fronteras dejan de ser líneas divisorias, barreras geográficas, en virtud del influjo mencionado; por otra, surgen, cuando se yuxtaponen experiencias diversas y se marcha con sistemas distintos, mecanismos de defensa y de rechazo. Las fronteras se convierten en "zonas de tensión", en lo político, lo social y lo económico, etc. De algún modo, América Latina, al interiorizarse, comienza a diferenciarse internamente: se "geopolitiza". Ya no puede hablarse, a no ser usando licencias retóricas, de América Latina de modo abstracto y global. Las generalizaciones —a veces necesarias— deben tener esta nueva situación bien presente.

Coexiste con el fenómeno de politización, anteriormente explicado, un conjunto de serios retrocesos, según los cuales la participación política cuenta con serios obstáculos.

En el marco de la politización se observa el fenómeno de una mayor organización: los individuos y los grupos (v.gr. sindicatos), se politizan para poder expresar sus derechos, a diferencia de los países más desarrollados en los cuales la mediación de los partidos políticos, resulta menos importante para poder expresarse.

De modo general, la conciencia política actual de América Latina tiene dos constantes:

1) Es una conciencia que se manifiesta más claramente respecto de la antinomia opresión-liberación⁸,

2) y en la convicción profunda que tienen los mismos oprimidos sobre la injusticia de que son víctimas, sobre su miseria no merecida, así como sobre las posibilidades concretas de la liberación de tan injusta situación. Hay en eso una cierta novedad que va más allá de las posiciones tenidas en cuenta en Medellín y que pueden configurar un diagnóstico relativamente nuevo: se trata, en efecto, de una tendencia que, sin negar las diversidades de enfoques y matices, tiene de común el ser dinámica, creadora, revolucionaria, en la búsqueda de distintas modalidades en el hecho político. La reflexión teológica, que partiendo de esta realidad se está desarrollando, aunque de contenido y valor muy diversos, se suele llamar "Teología de la liberación".

En este enfoque teológico son tantos los problemas de "frontera" que se ventilan que el tratamiento es disímil y diferente la acentuación teológica, sociológica, política, etc. Se trazan límites ahora más fácilmente perceptibles entre sus cultores. Esta teología entierra en buena parte sus raíces en la reflexión de Medellín, en su perspectiva de libertad pascual, como superación de todas las servidumbres y fundamentalmente la del pecado en sus múltiples formas y en sus repercusiones sociales. Cabe abogar, cada vez más claramente, por una liberación *integral*.

El fenómeno político se da frecuentemente bajo el signo de la polarización. Uno de los síntomas del tratamiento ra-

8. No es lo mismo el *Hecho* innegable de la dependencia que la "teoría" de la dependencia que sostiene que el subdesarrollo es *causado* por el desarrollo capitalista, de tal forma que aquel no es sino el anverso de éste. Hay autores "dependencistas", ubicados en la ideología marxista, o fuertemente influidos por ella, que al considerar el subdesarrollo en zonas socialistas presentan hipótesis más cautelosas, en relación con la unicausalidad del subdesarrollo.

dicalizado que suele hacerse, montado en diagnósticos incompletos, es el que culmina en la falsa alternativa: "Desarrollismo" o "Revolución". El primer término de la disyuntiva señala la continuidad del "statu quo", del "desorden establecido", que no puede ser transformado por *superficiales reformas* intentadas en el interior del sistema capitalista. El rotundo fracaso de la "Alianza para el Progreso" muestra la inutilidad de este camino. La Revolución, en cambio es "transistemática", es decir, exige el cambio del sistema. Y no habría para quienes esto intentan otra vía posible sino la socialista. En el calor de la lucha no se hacen todos los esfuerzos por precisar primero los diagnósticos que arrojan una realidad muy compleja, en la que el hecho de la dependencia es un factor de gran importancia, pero no el único, por inquirir, con audacia, imaginación e iniciativa creadora, otras vías. No toda reforma implica "reformismo desarrollista". Las hay de profundo contenido, sustantivas, que pueden significar hondas y necesarias transformaciones, y en muchos casos son las realmente posibles en la coyuntura del proceso social, económico y político de uno o de varios países; como puede también ocurrir que, en otros casos, existan reales condiciones objetivas y subjetivas para una transformación "transistemática" que tampoco se puede desligar de la red internacional con todos sus condicionamientos. Son temas éstos que requieren un tratamiento técnico serio y que deben ser objeto de profundización desde la teología.

III LA IGLESIA EN ESTE FENOMENO POLITICO

La politización descrita, afecta e interpela a la Iglesia que vive entre nosotros el problema político, como expresión nueva del problema social. La gama de las situaciones en las comunidades cristianas y el grado de las tensiones va aumentando.

La polarización afecta, y a veces desgarrar, a las mismas Iglesias en América Latina. Se defienden determinadas opciones con vehemencia y acritud que genera desconfianza, prejuicios y rechazos. Hay cristianos (inclusive sacerdotes) que aceptan la hipótesis de la violencia como única vía de solución de la situación de injusticia, ya sea como última medida, a manera de un procedimiento obligado de amputación; ya sea como una estrategia inicial, que ayude a movilizar, a "concientizar" y que precipite el conflicto antagónico que dará a luz la nueva sociedad. Pero, hay también cristianos que prosiguen con una conciencia tranquila en la tenaz defensa de privilegios, en la utilización de poderes paralelos que impiden necesarias reformas y descalifican tácticamente a sus adversarios. No siempre el diálogo es fácil y posible entre sectores encontrados en la misma comunidad eclesial. En nombre de la fe o del amor a la justicia se da libre curso de recriminaciones, consejas, ataques, con o sin fundamento. La jerarquía sufre entonces las fuertes presiones y los embates de grupos antagónicos. De modo general, parece que la presión se concreta con especial intensidad en el sentido de que ella se aparte más del "statu quo" y de las vinculaciones (reales o posibles) con el poder establecido. Con todo, son frecuentes los embates en sentido contrario.

No debe admirarnos que la Iglesia se encuentre ante nuevas dificultades. Una de las características que reviste el imperativo del cambio en nuestro continente radica, para los cristianos, en que se propugna, no al margen, sino en virtud de la misma fe. Esto se explica ya que la Iglesia, históricamente, ha vivido entre nosotros en amplia penetración (en profunda "simbiosis"), con la comunidad humana: los miembros de la sociedad política son, en su casi totalidad, considerados también miembros de la Iglesia. Se vuelve de esta manera, en extremo, difícil distinguir claramente en el hombre latinoamericano su dimensión humana y su dimensión cristiana.

El proceso de desvinculación entre Iglesia y poder político se manifiesta más claramente durante los últimos años. No es aún suficiente, pero ha sido sin duda un hecho profundamente válido. Los miembros de la jerarquía (Obispos, Presbíteros y Diáconos), hacen notables esfuerzos para superar los condicionamientos que derivan de una pertenencia sociológica a una determinada clase social, en virtud de su "status" especial, ya sea por origen, cultura o función.

Es la totalidad de la Iglesia la que se siente interpelada. Ella, en efecto, peregrina en unión con la comunidad humana, participa en las vicisitudes de los tiempos (Oct. Adv. 1); capta las angustias, clamores y esperanzas de sus pueblos y busca responder adecuadamente en los que le corresponde. Cobra un valor especial la observación de Pablo VI: "Incumbe a las comunidades analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz inalterable de la palabra del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia... A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los Obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se consideren de urgente necesidad en cada caso" (Oct. Adv. 3).

En la medida en que prosiga el proceso de afianzar una adecuada libertad de acción pastoral y la tutela y el logro de la independencia en relación con los poderes establecidos, la misión profética de la jerarquía será más constante,

decidida y eficaz para la transformación de nuestra sociedad. El ejercicio de dicha misión implica no pocas veces tensiones e incomprendiones, exigencias desproporcionadas y agudas reacciones de sectores en lucha. Cuando se trate de nuevas formas de gobierno y de la implantación de nuevos sistemas, la jerarquía no debe dejar que se amortigüe su servicio de ser "conciencia crítica".

IV

DIMENSION POLITICA DE LA MISION DE LA IGLESIA

La Iglesia es el Sacramento del encuentro con Dios y de los hombres entre sí (LG 1). Situada en el corazón de la humanidad, sin identificarse con el mundo, pero sin estar separada de él, constituye como un sector de humanidad que vive explícitamente la fe en el Señor, adhiere a él y a sus hermanos, los hombres, por la caridad, avanza apoyada en la esperanza que la alienta y dinamiza. Acogiendo la Palabra es reunida y unificada. Abierta a los signos de los tiempos, avanza solidaria con el hombre y con la historia y en diálogo permanente con él lo enriquece, a la vez que ella misma es enriquecida. Obra apoyada en la gran norma y criterio de la Revelación (Palabra y Hechos), sobre todo de la revelación del Evangelio.

Es en el marco de una eclesiología conciliar, —en la que la Iglesia es concebida como sacramento de comunión— como puede captarse la estrecha relación existente entre la misión de la Iglesia y la dimensión política. Su misión es religiosa y por ello plenamente humana. “La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente de esta misma misión religiosa derivan funciones, luces y energías para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina” (GS 42). “La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas”.

Tomamos aquí el término política en su sentido más amplio y global, en relación con el bien común hacia el cual debe propender la Iglesia para *colaborar* en la realización

del hombre en la sociedad en fecundas relaciones de comunión. En este sentido, la Iglesia debe estar presente para animar decididamente las actividades sociales en orden al logro de la justicia. Es diferente la relación de la Iglesia con la política, en sentido estricto, es decir en lo tocante al poder. Su tarea formadora e iluminadora, no la debe poner nunca en el plan de ser ella alternativa de poder. La Iglesia no es un Estado dentro del Estado, o un Supremo Tribunal de apelación.

La misión de la Iglesia es en primer lugar la de evangelizar, es decir, manifestar el amor del Padre a los hombres en la venida de gracia del Señor que nos reúne en el Espíritu. El Evangelio es anuncio de comunión y de fraternidad en la profundidad de la caridad del Señor. Por eso en el Evangelio hay una dimensión política, no como algo que se le añade desde fuera, sino como algo que viene desde dentro, con todo su valor de hacer comunión, de congregar y unificar, en cuanto busca crear y consolidar, desde el amor, un ser social auténtico.

Una auténtica evangelización ha de tener en cuenta la injusticia social que tiene como raíz el pecado. Por una invitación apremiante a la conversión a Dios y a los hermanos, unida a una sincera denuncia evangélica de lo que se ha denominado "situación de pecado", se va a la raíz de las causas, para entrar en un proceso de progresiva liberación. La integralidad de la salvación, entendida como proceso de comunión que culmina en la plenitud de la comunión con el Señor, permite captar la separación entre los hombres, la opresión a la que muchos están sometidos, como pecado, es decir como ruptura de la unión (alianza) con Dios y con los hermanos.

Es esta la invitación del Sínodo, la cual tiene particular incidencia entre nosotros: "Ante esta situación del mundo moderno, marcado por el gran pecado de la injusticia, somos conscientes de nuestra responsabilidad en ella y también de la impotencia para superarla con nuestras propias fuerzas. Esta situación nos está reclamando a escuchar con corazón humilde y abierto la Palabra de Dios que nos muestra nuevos caminos de actuación en favor de la justicia en el mundo".

Es muy oportuna la observación del Sínodo: "La misión de predicar el Evangelio en el tiempo presente requiere que

nos empeñemos en la liberación integral del hombre, ya desde ahora, en su existencia terrena. En efecto, si el mensaje cristiano sobre el amor y la justicia no manifiesta su eficacia en la acción por la justicia en el mundo, muy difícilmente obtendrá credibilidad entre los hombres de nuestro tiempo".

La Iglesia, en la integralidad de su misión, por el Evangelio y la Eucaristía, está en el corazón del mundo para animarlo, fortalecerlo, iluminarlo y hacerle ver que mientras más deterioradas estén las situaciones hay más urgencia de volver al núcleo del Evangelio. No estando ligada la Iglesia a sistemas sociales, políticos y económicos —de los cuales ha recibido influjo y condicionamientos— debe saber cumplir su misión en todos ellos, con plena fidelidad al Evangelio y al hombre. En el acontecer político y social, presente en la historia, busca dinamizar a todos en la esperanza, "contagiar" su sed de libertad integral, orientada como está hacia la plena unidad: "Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío, ni griego, ni esclavo, ni libre, ni hombre, ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gal 3,26-29). Desde esa perspectiva, si bien, acoge los logros y realizaciones humanas, descubre y señala su relatividad y provisionalidad, con lo cual ayuda a mantener a los pueblos en tensión escatológica. La Iglesia no trabaja solamente para liberar al hombre de sus servidumbres, sino para hacerlo crecer en la posesión de aquella plenitud de bienes que están en Cristo, "pues todas las promesas de Dios han tenido su sí en El" (II Cor 1,20).

En razón de esta perspectiva escatológica la Iglesia se resiste a una división maniquea de la sociedad, como si los límites entre puros y pecadores, buenos y malos, fueran tan fácilmente perceptibles. Sabe que el mal atraviesa el corazón de todo hombre y que todos están llamados a la conversión. La Iglesia sabe abrazarlos a todos en la esperanza y por ello su misma denuncia —cuando es necesario— no pretende destruir, avergonzar o liquidar, sino transformar conciencias y actitudes.

La Iglesia debe actuar en nuestro continente como una conciencia que ejerce la *facultad crítica*: debe captar la realidad en toda su significación, con una atenta lectura de los signos de los tiempos; debe saber asumir todo lo que lleva al hombre latinoamericano a su auténtica realización; debe

acoger, alentar y potenciar aquello que promueve los valores humanos. Debe ayudar a organizar al pueblo para que sea gestor de su propia promoción; debe completar, transformar, transfigurar la realidad que capta, desde la energía creadora del Evangelio; debe denunciar con valor todo lo que rebaja al hombre, lo que se atraviesa como un obstáculo para su desarrollo integral; debe, según la expresa invitación del Sínodo, "sacudir la conciencia, con el fin de que se sepa reconocer la situación concreta". Debe corregir, debe inculcar conciencia de la dignidad del hombre, de la grandeza del alma de nuestros pueblos y de su vocación como protagonista de su propia historia. En una palabra, debe representar como el principio de una "nueva conciencia", nutrida en una potente sed de dignidad. Mirando al pasado de nuestro continente, con cuyas comunidades humanas la Iglesia se confunde en sus aciertos y en sus fallas, ayuda, con el Evangelio, a lanzarse con esperanza hacia el futuro, alimentando el alma de nuestros pueblos con la certidumbre de que lo que todavía no se ha logrado es posible en un compromiso creador que haga surgir el nuevo hombre en la nueva sociedad. La Iglesia, en medio de una sociedad que capta diversamente estas exigencias, debe ayudar a que ésto sea entendido en todo su valor.

En el surco mismo de sus comunidades, la Iglesia deberá ayudar a que se supere una visión dualista, bastante extendida, como si progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, fueran realidades separadas o yuxtapuestas (GS 39). Un auténtico progreso humano, en el SER del hombre, en lo verdaderamente humano, dice la más estrecha relación con la construcción del Reino, sin que se identifiquen. La promoción de todo bien, la liberación de todo mal, entra en la corriente de la Pascua, en una Iglesia pascual.

Hay que estar atentos, sin embargo, a que no se produzcan identificaciones simplistas entre procesos de la historia política de nuestros pueblos con "la historia de la salvación", identificación que carece de soporte teológico y genera desviaciones pastorales, como si lo explícitamente evangélico fuera supererogatorio.

La Iglesia, por la Palabra y la Eucaristía, es instrumento de unificación de la sociedad, supuesta la permanente llamada a la conversión. La misión regia de la Iglesia ha de traducirse también en la conducción de nuestros pueblos, en

el sentido no de poder paralelo al de la sociedad civil, sino como sabiduría profunda, la que viene del Evangelio.

La Iglesia crece y se congrega, nace continuamente⁹ en la Eucaristía; una Eucaristía auténtica, plenamente significativa, "fuente y culminación de toda la predicación evangélica", "raíz y quicio" de la comunidad cristiana (Presb. Ord. 5.6). Advierte el Concilio: "Esta celebración, para ser sincera y plena, debe conducir tanto a las obras de caridad y a la mutua ayuda...". (Presb. Ord. 6). Tienen todo su valor la severa admonición de San Pablo a la comunidad de Corinto que celebraba la cena del Señor en un marco de discusiones y desórdenes *provocados y consentidos* (I Cor 11,17-22); admonición que conserva el mismo espíritu de la exigencia de reconciliación del Señor para "presentar la ofrenda" (Mt 5,23-24); enseñanza que la comunidad cristiana leyó y vivió en un contexto eucarístico. Elemento fundamental de la autenticidad eucarística es la disposición para la conversión y un anhelo de efectiva caridad. La Eucaristía tiene un inmenso caudal profético. Medellín subrayó estos aspectos: "El gesto litúrgico no es auténtico si no implica un compromiso de caridad, un esfuerzo siempre renovado por sentir como Cristo Jesús, y una continua conversión" (Doc. de Liturgia, 3). No es la Eucaristía un "culto" al margen de la vida, de la realidad social y política, sino que "corona y comporta un compromiso con la realidad humana, con el desarrollo y con la promoción" (Doc. de Liturgia 4).

Estas exigencias no pueden dar base para pensar que la Eucaristía, en el marco de los contrastes políticos y sociales, no tiene sentido y que debería postergarse para el futuro de una sociedad unificada. Hay que tener en cuenta, que el nivel de responsabilidad personal en el engranaje de las estructuras económicas, sociales y políticas se diluye en rasgos algo imprecisos, y que no es fácil trazar la línea divisoria entre explotadores y explotados, opresores y oprimidos, al menos en cuanto a actitudes que partan de una

9. Hay como distintos "nacimientos", no opuestos sino complementarios de la Iglesia: se puede decir que nace con la convocación de los Apóstoles, (con toda la fuerza simbólica del término "Los Doce", tan frecuente en el Evangelio); nace la Iglesia en el Calvario, en la Resurrección del Señor, en Pentecostés, culminación del proceso Pascual. Algunos teólogos ven, con sobrada razón un momento privilegiado del Nacimiento de la Iglesia en la *Institución de la Eucaristía*. (Cfr. RATZINGER, Joseph, *Le Nouveau peuple de Dieu*, Aubier, 1971. p. 9; COPPENS, J., *L'Eucaristie fondement de L'Eglise*, en *Recherches bibliques*, 7, 1965, pp. 125-158).

real libertad, de una lúcida conciencia. Muchas veces los "opresores", reales o supuestos, son víctimas de una alienación que procede de estructuras viciadas. Sería erróneo, no obstante, concluir que no existen responsabilidades personales y que no hay circunstancias en las que es evidente la injusticia de personas o de grupos; en estos casos *son ellos* los que en conciencia, deberían abstenerse de celebrar la Eucaristía.

La Eucaristía *significa y causa* la caridad. Por lo tanto el cristiano no debe privarse de esta fuente de su compromiso que puede hacer más lúcida su conciencia y abrir su esperanza activa y creadora a dimensiones nuevas. La Eucaristía es celebración de Iglesia peregrina en la que los pecadores en marcha, por la llamada de Dios, se reúnen en el banquete sacrificial de Aquel que "ha venido a llamar a los pecadores" y a "sanar los corazones afligidos".

A la pregunta "es posible la Eucaristía entre adversarios", el Episcopado francés responde:

"Cuando la Eucaristía sea realizada en tales comunidades, por adversarios, aún por enemigos, ella será testimonio, a sus propios ojos y a los ojos de todos, de *la unidad esencial e imposible*. Rechazar comulgar conjuntamente, es subestimar el impacto, aquí y ahora, sobre la existencia política, de la comunión Eucarística para lanzar y orientar de nuevo su realización al final de los tiempos.

"La celebración de la unidad compromete a querer, y por tanto a buscar, su realización sobre el terreno político. Pero la reunión plural que la condiciona demuestra que la unidad no puede ser esperada sino de una gracia que no es terrena. Sería una *innoble comedia* desinteresarse del acontecimiento de lo que uno celebra simbólicamente, pero sería *horrorosa miseria* no poder jamás, entre militantes opuestos, afirmar conjuntamente a la faz del mundo, en un momento de fiesta, que llegará el término final en que los enemigos se volverán compañeros, y los adversarios se reconocerán como hermanos" (Doc. "Pour une pratique Chrétienne de la Politique", 1,3).

La misión de la Iglesia en lo tocante a la dimensión política ha de tener muy presente el proceso de *secularización* que aunque es incipiente en América Latina, —a no ser en ciertos sectores urbanos, en medios universitarios y profes-

sionales, técnicos e inclusive en medios obreros—, tiene características importantes. La secularización se introduce en el proceso de liberación de lo falsamente religioso, de lo mágico, del fatalismo, de un mal entendido "providencialismo". Puede simultáneamente dar paso a nuevos ídolos, a nuevos mitos y al predominio de las ideologías y a huídas en otros mundos irreales. La secularización podrá aportar estímulo a una liberación social, económica y política ya que ayuda a configurar un hombre más responsable de su tarea terrena. En América Latina, el proceso de secularización se mezclará abundantemente con nuestra realidad dura, difícil y conflictiva. Cabe esperar, que en virtud de sus mismo influjo, el relieve y trascendencia que ha tenido en nuestra historia la acción de la Iglesia, se vea sensiblemente disminuido, ya que una sociedad secularizada, el pluralismo ideológico y la férrea atribución de "roles" a las personas y a las comunidades es mayor.

Pero dadas nuestras circunstancias históricas y sociológicas, la misión profética de la Iglesia —con diferentes modalidades seguramente—, seguirá siendo solicitada como un servicio a la sociedad.

V

IGLESIA Y OPCIONES SOCIO-POLITICAS

Abordaremos ahora la compleja cuestión de la misión de la Iglesia ante los diversos proyectos y programas socio-económicos que hoy se presentan en América Latina. Para nuestro propósito, fundamentalmente pastoral, nos basta con señalar algunos rasgos de lo que entendemos por un *proyecto histórico*, en el seno del cual surgen proyectos más concretos. Nos parece que se caracteriza por lo siguiente: plantea algo nuevo y distinto, que pone en cuestión el presente y propone un modelo de sociedad mejor que el actual. Supone cambios cualitativos de verdadera significación y trascendencia histórica. Hay una íntima relación entre un proyecto histórico y la función positiva de una moderna concepción de la "utopía", la cual, en cuanto "forma crítica de la sociedad establecida, provoca con frecuencia la imaginación prolectiva para percibir a la vez en el presente lo posiblemente ignorado que se encuentra inscrito en él, y para orientar hacia un futuro mejor; sostiene además la dinámica social por la confianza que da a las fuerzas inventivas del espíritu y del corazón humano..." (Oct. Adv. 37).

Los auténticos procesos socio-políticos están marcados por el pueblo y su cultura. Sus valores e ideales, sus formas de vida, sus actitudes ante el mundo, sus relaciones, son elementos básicos para conformar la historia. Los proyectos socio-políticos deben asumir estas realidades y responder a las aspiraciones de los pueblos.

Todo esto debe hacerse en concordancia con el grado de evolución de la cultura, de los valores de la tecnología, de las exigencias científicas de nuestro tiempo.

Un proyecto socio-político, tiene dos dimensiones inseparables. En la primera se acentúan los *valores*, las aspira-

ciones centrales y los objetivos globales. La segunda dimensión mira sobre todo los *medios* para alcanzar los fines propuestos. Es en esta línea donde se ubica el *programa*, el cual supone opciones por determinados medios, prioridades (medidas en relación con la escala de valores), y metas fijas de acuerdo con los condicionamientos coyunturales y los recursos efectivos. En torno a los programas surgen corrientes diferentes, grupos, partidos políticos (que suponen una mayor organización).

Bien se ha dicho que es ya la hora de los "programas" y no de las "proclamas".

No parece que pueda hablarse todavía de un único proyecto latinoamericano. Especialmente en la etapa inicial de cambios profundos, según las distintas circunstancias, cada país va creando su propio proyecto. Sin embargo, dada una progresiva unidad en la conciencia latinoamericana y la necesidad de asegurar la posibilidad y la permanencia de los cambios más ampliamente, cabría esperar que se vaya imponiendo un proyecto común en los diversos países. Una América Latina atomizada sería incapaz de realizar sus grandes ideales.

¿Cuál es la tarea de la Iglesia en relación con dichos proyectos? Debe percibirlos e interpretarlos a partir de su visión del hombre y de la humanidad (Populorum Progressio, 13). "Los asume en la medida en que sirven a la realización integral del hombre, y en que se respeten particularmente los valores de la libertad, la responsabilidad y la apertura a lo espiritual, que garantizan el desarrollo completo del hombre" (Oct. Adv. 31). Es esta una forma de encarnación del Evangelio, el cual da vigor y dinamiza la vocación del hombre latinoamericano a su realización. En otras palabras, la fe cristiana —cuyo contenido no puede identificarse nunca con proyectos socio-políticos, ni ser agotada por ellos, como tampoco con ideologías totalizantes—, está llamada a dialogar con ellos. En dicho diálogo, los fecunda, los acompaña y los critica. Pero las aspiraciones contenidas en los proyectos enriquecen la fe, la invitan a una reflexión más profunda y a formulaciones consecuentes más claras y comprometidas. En todo esto estará presente un adecuado humanismo cristiano.

En la actividad política se pueden *distinguir* dos niveles, que están estrechamente compenetrados: el de las ciencias

positivas, con sus avances y recursos tecnológicos que aquí denominamos *nivel científico* y el *nivel del "proyecto histórico"* con los cambios cualitativos que entraña en el ser social. Al primer nivel hay que reconocerle su legítima autonomía, que no es tal, sin embargo, que no requiera la luz y el servicio orientador y correctivo de la visión del hombre en que se apuntala todo proyecto histórico. Y es, a su vez, el proyecto histórico el que da fuerza, estímulo y sentido de compromiso a las acciones transformadoras de la sociedad y es el aporte científico el que ofrece su concreta viabilidad e implementación. El diálogo, de parte de la Iglesia, se sitúa, *preferentemente*, en el nivel del proyecto histórico en cuanto se interesa fundamentalmente por la realización del hombre, imagen de Cristo, en una dimensión evangélica. El nivel científico no le es indiferente y puede requerirse un enjuiciamiento en cuanto se presenta en programas concretos. Es esta inspiración el mejor servicio que puede prestar la Iglesia, que ha de ponerse a salvo de los mesianismos que circulan en las ideologías políticas y que la pueden desviar e instrumentalizar. No se le deben pedir a la Iglesia programas políticos pues no le corresponde, aunque la incidencia del mensaje evangélico, con la inmensa carga de "utopía" que genera se inscriba, sin agotarse, en un auténtico "proyecto histórico". Por otra parte el nivel científico no debe ser indiferente para el cristiano que sirve a la sociedad en los diversos campos de la ciencia, de la técnica, a los cuales ofrece una dirección humanista, un suplemento de alma.

¿Cuáles criterios deben reinar en este campo? Son criterios que provienen en primer lugar del espíritu del Evangelio, en relación con la situación histórica y con una interpretación serena y lúcida de ésta. La conciencia de la Iglesia latinoamericana, solidaria con la suerte de nuestros pueblos, con sus aciertos y desventuras, con sus tragedias y esperanzas, se encuentra comprometida. Su sincera preocupación y todo su peso histórico ha de volcarse inequívoca y preferentemente para "defender, según el mandato evangélico, los derechos de los pobres y oprimidos" (Doc. Paz, 22) y para acompañar las víctimas de las injusticias dándoles nuestra voz a quienes carecen de ella, según la apremiante llamada del Sínodo: "Nuestra acción debe dirigirse en primer lugar hacia aquellos hombres... que por diversas formas de opresión y por la índole actual de nuestra sociedad son víctimas silenciosas de las injusticias". Supónese una

nueva visión de la ética social verdaderamente penetrada por el Evangelio en la que se entienda cómo el prójimo alcanza las proporciones de la gran masa marginada.

Hay un creciente consenso sobre las características de una sociedad nueva, las cuales alimentan el proyecto histórico que va surgiendo en nuestro Continente. Son, entre otras, la no existencia de privilegios y poderes paralelos (surgidos por ejemplo de la prepotencia del dinero), para el nacimiento de una verdadera comunidad nacional; la real igualdad de derechos; la participación popular verdaderamente democrática a todos los niveles; la no instrumentalización del poder por los partidos políticos; el equilibrio entre la libertad y la planificación centralizada por el desarrollo.

La Iglesia debe mantener un diálogo fecundo con quienes elaboran los proyectos socio-políticos. En un tiempo ella misma promovió "proyectos cristianos", pero esta actitud pastoral parece hoy superada e inútil. La Iglesia debe proponer, recordar, defender valores, no elaborar proyectos concretos. No es su tarea. Téngase en cuenta la opción global que hizo Medellín al rechazar la situación de dependencia de un sistema neocolonialista (Paz, 8), que deriva de fuerzas que: "inspiradas en el lucro sin freno, conducen a la dictadura económica y al imperialismo internacional del dinero..." (Doc. Paz, 9). Deja así abiertas las puertas a alternativas más justas, y a profundos cambios cualitativos, a reales esfuerzos de invención, al ejercicio de una imaginación creadora, en la búsqueda de nuevos modelos (Oct. Adv. 18 y 24).

Existe la convicción de que la acción política, "debe estar apoyada en un proyecto de sociedad, coherente en sus medios concretos y en su aspiración, que se alimente de una concepción plenaria de la vocación del hombre y de sus diferentes expresiones sociales" (Oct. Adv. 25). La Iglesia no debe comprometer o hipotecar su libertad crítica en sistemas socio-políticos determinados. Es ésta la actitud de la Iglesia frente a los diversos proyectos socio-políticos, en contextos históricos complejos y conflictivos. Nunca deberá perder vigor la denuncia evangélica frente a sistemas que oprimen al hombre.

El juicio prudencial de la Iglesia, en circunstancias tan distintas y cambiantes, compete a las comunidades eclesiales (locales y nacionales), en coherencia con el magisterio

social y en referencia con la realidad de comunión entre las diferentes Iglesias en las cuales repercute un determinado comportamiento. Las comunidades, en lo que les corresponde, deben estudiar seriamente la realidad, honesta y desprevenidamente, evaluarla, dar su parecer, optar y proceder en consecuencia. Este juicio prudencial para la acción es hoy difícil y complejo en extremo en comunidades que albergan tendencias encontradas y cuyas autoridades han perdido un influjo sobre los miembros que ayude a la conciliación o son ellos mismos objeto de desprestigio, en ocasiones tácticamente procurados por grupos que los juzgan adversos a sus posiciones, o causados por falta de mayor lucidez pastoral. A los Pastores se les exige, en primer lugar, respetar un *legítimo* pluralismo político ya que "una misma fe puede conducir a compromisos diferentes" (Oct. Adv. 50), con lo cual, a la vez que se puede asegurar el clima de eventuales consensos, se pueden provocar también reacciones de quienes han optado por una determinada vía. Los Pastores, con vigor evangélico, firmes como un yunque bajo los martillazos, para emplear la expresión de San Ignacio de Antioquía, deben insistir más en los valores humanos implicados en la vida política, que en incursionar en programas concretos en nombre de la fe, con el riesgo de serias equivocaciones y desviaciones. La fidelidad a su misión como principio de unidad de las Iglesias Particulares los obligará a ser muy receptivos de las preocupaciones de los miembros de la comunidad, en verdadero clima de diálogo y acogida, y a evitar la precipitación asusada por artificiales catalogaciones de cuño político. El verdadero servicio profético para el cristiano no se mide solamente por la capacidad de formular justas denuncias, sino también por la tenacidad y madurez en soportar incomprendimientos, críticas, tergiversaciones. La cruz es esencial a la verdadera profecía, una cruz que en razón de su misión de unidad, toda la Iglesia debe llevar entre corrientes antagónicas.

El liderazgo del Obispo en la comunidad se ha mermando en no pocos casos en relación con grupos cristianos fuertemente politizados, de tendencias opuestas. Mientras grupos de carácter "integrista" censuran a los Obispos por intervenciones en campos que creen les son extraños y que, naturalmente representan líneas de acción diferentes de las suyas; otros grupos de tendencia políticamente revolucionaria, los increpan por presuntas complicidades con el "sistema" o por retrotraer a la Iglesia más acá del Concilio o de Me-

dellín, interpretados solamente en sentido político. En otras palabras, un cierto menoscabo del influjo de Obispos en sus comunidades, menos general de lo que presentan algunos medios de comunicación, no ajena por otra parte a cierta desconfianza en lo atinente al magisterio, dificulta este juicio profético-prudencial que se sustenta en toda la comunidad pero que es fruto del discernimiento pastoral y es asumido por el Obispo. No están exentos cristianos, por otros aspectos generosos y nobles, de dar mayor crédito a planteamientos extremistas surgidos dentro y fuera de la Iglesia que a la jerarquía. En ocasiones la falta de una verdadera presencia evangélica al servicio de la justicia y los signos multiplicados de escasa libertad evangélica y de aprehensión ante grupos prepotentes, o simplemente la falta de visión, ha llevado a esta situación. Una fuerte acentuación de la misión profética de los Obispos, que parte de la vida de las mismas comunidades y asuma sus realidades dentro de una gran libertad pastoral, impedirá que la comunidad se disgregue y atome en grupos en pugna. Una acción realmente convergente entre los miembros de la jerarquía en todo su ámbito y grados, en un compromiso diáfano evangélico, será condición indispensable para garantizar posiciones fructuosas de la Iglesia.

Si el proceso social y político no culmina en el nacimiento de una nueva sociedad, a base de profundas conversiones personales y de grupos que tienen en sus manos la capacidad decisoria, los conflictos perdurarán e irán adquiriendo mayor intensidad y erupción. Se requiere también un mínimo de disciplina y organización de los cristianos con el diálogo entre sectores de opciones diversificados. Si las situaciones continúan sin remedio es presumible que se produzcan actitudes violentas. Por ello la tarea de la Iglesia cobra mayor urgencia para la búsqueda de una sincera conversión y reconciliación.

En lo que concierne a las opciones políticas no es suficiente reconocer en abstracto un legítimo pluralismo, sino que es necesario aceptarlas y respetarlas en la praxis política, en un clima de comprensión y tolerancia que garantice un universo de libertad. El pluralismo de opciones deriva del coeficiente de relatividad e imperfección de las tesis y sistemas en competencia. Estima acertadamente el Episcopado Francés que "parecería que no es posible imaginar una concepción de conjunto de la vida social que combine, en

una síntesis equilibrada, todos los valores esenciales" ("Pour une pratique Chrétienne de la Politique", 1,2). Las opciones se determinan por diferentes motivos históricos, personales, por el juego de solidaridades, por situaciones de trabajo, inclinaciones, temperamento, etc., anotan, y no solo en razón de la fe. En todo esto ha de jugar la racionalidad científica y la lucidez del análisis.

Hemos hablado de un pluralismo legítimo, lo cual supone que pueden existir modalidades de opciones políticas cuya legitimidad es dudosa y requiere, al menos cuidadoso discernimiento. ¿Si se dieran opciones que niegan líneas pastorales centrales asumidas por la Iglesia, de tal forma que se perdiera la esencial coherencia con la fe y pertenencia a la Iglesia, y se distanciara de "las directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia" o rechazaran de hecho la exigencia de "renovar su confianza en la fuerza y en la originalidad de las exigencias evangélicas (Oct. Adv. 4), cabría hablar de una opción legítima para el católico?

Un criterio de legitimidad, globalmente tomado, podría ser la opción de la Iglesia en Medellín en favor de un desarrollo o de una liberación integral, que muestre una real predilección por los marginados. En este caso, una opción hipotética que aceptara, son reparos y fríamente el primado del lucro, o la tiranía de la mera eficiencia económica, la discriminación racial, o la prolongación de una explotación del hombre por el hombre no podría ser amparada con el llamado "pluralismo legítimo". Verdad es que esto no se da en su forma pura y decantada, pero hay tendencias prevalentes que deben ser estudiadas antes de una opción.

Es novedoso el problema de la opción de cristianos hacia un socialismo de corte marxista, propugnado como única solución ante las injusticias presentes y apoyado en criterios extraídos —en plan de motivación fundamental— de la fe cristiana. Arguméntase que la utilización del Análisis o de la metodología marxista, incluida claramente la dialéctica de la lucha de clases, no representará dificultad alguna para el cristiano y más bien sería requerida, como único instrumento apto para la lucha, por la justicia en la gestación del socialismo. Sin dudar de la nobleza de propósitos de los que tal opción sustentan, movidos por sentimientos de solidaridad ante el cúmulo de injusticias, conviene ajustar los criterios para un discernimiento adecuado y verdaderamente

cristiano. Mirando las peculiares circunstancias de su patria, es lo que ha hecho con claridad y oportunidad el Episcopado Chileno en el Documento de Trabajo "Evangelio, Política y Socialismos" del 27 de Mayo de 1971.

El "método científico" del marxista intenta hacer el análisis de la sociedad en el devenir histórico y muy especialmente en el marco del sistema capitalista, a partir de la infraestructura económica y de la división de la sociedad en *dos clases* causadas por la posesión o no de los medios de producción y enfrentadas antagónicamente en el proceso que culmina en la dictadura del proletariado y luego en la sociedad sin clases. Si bien proporciona en algunos puntos perspectivas interesantes que pueden contribuir para un adecuado diagnóstico de la sociedad capitalista, ofrece en su utilización dificultades que el cristiano no puede lanzar por la borda. En la medida en que los instrumentos de análisis sean *realmente científicos* el cristiano no tendría motivo para abstenerse de su empleo. Es la globalidad de su valor científico lo que está en juego, ya que el método está estrechamente unido a toda una *ideología* unitaria que está a la base de no pocos planteamientos. Ahora bien, lo que está en tela de juicio no es la utilización de *un instrumento aislado* que puede ser útil, o de algunos enfoques que enriquecen un análisis objetivo de la sociedad, sino el conjunto del *método*, la estructura misma del Análisis en su integralidad, que es precisamente la utilización que algunos defienden.

Constituyen precioso material de reflexión las observaciones de Pablo VI y del Episcopado Chileno:

...este tipo de análisis concede un valor primordial a algunos aspectos de la realidad, con detrimento de otros, y los interpreta en función de una ideología arbitraria... (Oct. Adv., 33).

Aceptando el Papa que hay en la doctrina marxista diversos aspectos que se plantean como interrogante a los cristianos para la reflexión y para la acción, escribe:

"Es sin duda ilusorio y peligroso olvidando el lazo íntimo que los une radicalmente, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, al entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, omitiendo el percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso" (Oct. Adv. 34).

El Episcopado Chileno, en plena consonancia con la Carta Apostólica, considera:

"Para el marxismo, la praxis, la acción revolucionaria, la lucha por la liberación económica, es no sólo su *aplicación* sino, al mismo tiempo, también *fuerza* de su doctrina..." ("Evangelio, Política y Socialismos", 46). Y añade: "La experiencia nos muestra, como regla general, que *nunca un método es algo puramente objetivo e inofensivo*, sino que, necesariamente acaba imponiendo un carácter, una mentalidad determinada al que lo usa" (Nº 47).

Y estos reparos deben ser enfocados más en concreto en lo concerniente a la *lucha de clases*, elemento fundamental del mismo análisis marxista y punto central de su metodología. Hay que reconocer una serie de conflictos sociales, causados por estructuras injustas, por desequilibrios y por la explotación, lo mismo que el hecho de élites excluyentes que cercenan la esperanza de la inmensa masa y niegan así su "derecho al desarrollo". La reivindicación de los derechos por parte de los marginados que constituyen la inmensa mayoría de nuestros pueblos, moldea una situación que bien puede llamarse de lucha en la sociedad. Esta lucha reclama solidaridades entre grupos que corren la misma suerte y sienten semejantes aspiraciones de liberación. Sin embargo, este conflicto o lucha social, en la que el cristiano debe comprometerse como exigencia de la justicia, no *coincide con la lucha de clases*, como la entiende el marxismo, aunque presente ciertos rasgos de similitud. La dinámica interna y los objetivos son diferentes, aunque en no pocas ocasiones sus denuncias y críticas bien pueden ser suscritas por los cristianos, con mayor empeño, fuerza y decisión que hasta el momento. En todo aquello en que el marxismo abogue verdaderamente por la justicia está prestando un servicio objetivo a la humanidad, aun con el riesgo de una utilización discutible de sesgos objetivos de realidad. Pueden aceptarse varias formas de "lucha" cristiana, que sin apelar a los cauces de la violencia, represente un impulso vigoroso para cambios necesarios. Hay inmensas posibilidades en el compromiso de una acción no violenta, que nada tiene que ver con la pasividad o el conformismo, sino que es una nueva eficaz energía enraizada en la caridad. El Sínodo subraya "Esta prioridad del amor en la historia (que) induce a otros cristianos a preferir el camino de la acción no-violenta" (Doc. "La Justicia en el Mundo").

Atinadas son las orientaciones del Episcopado Francés:

“Es una falsa teología del amor la que es invocada por aquellos que quisieran camuflar situaciones conflictivas, encomiar actitudes de colaboración en la confusión, minimizando la realidad de los antagonismos colectivos de todo género. El amor evangélico exige lucidez en el análisis y el coraje de afrontamientos que permiten progresar realmente hacia una mayor verdad”. Lo cual no es obstáculo para que los Obispos de Francia llamen la atención sobre centros neurálgicos de la teoría marxista de la lucha de clases: “Esta visión, establecida sobre la base de relaciones de producción encierra la totalidad de las relaciones humanas en el juego de dos clases antagónicas. Ahora bien, el hombre jamás es enteramente reductible a su pertenencia de “clase”... Una lucidez crítica se impone entonces, por honestidad intelectual, para examinar en qué medida el conflicto derivado de relaciones de producción puede pretender dar cuenta de todos los conflictos actuales. Este examen debe efectuarse a partir de experiencias hechas en todos los regímenes”.

Agregan otras observaciones que constituyen un buen criterio de reflexión: “Se comprueba hoy, entre los mismos marxistas, que son aportados matices diversos al esquema inicial: los contornos de dos clases antagónicas se tornan más fluidos. Sin desconocer el influjo determinante del dinero, algunos se preguntan si el conflicto hoy dominante no es aquel que opone, en todos los regímenes, cualquiera que sea el régimen o el sistema, a quienes detentan el poder de decisión (aun sin ser propietarios de medios de producción: los tecnócratas) y a aquellos que son desprovistos de tal poder y lo padecen... La ciencia marxista, como toda ciencia social, es condicionada por opciones ideológicas, y por presupuestos sobre los cuales se impone un constante discernimiento...” (“Pour une Pratique Chrétienne de la Politique”, 2 y 2,a).

VI LAICOS, SACERDOTES, RELIGIOSOS Y COMPROMISO POLITICO

Al comienzo de este trabajo se vio cómo la política (en su sentido estricto), está relacionada con el poder, ya sea para conseguirlo, para mantenerlo, o para ejercerlo.

Tal relación con el poder, podrá ser hecho por medios directos o indirectos, los que de un modo u otro considerados, pueden hacer del poder el medio necesario para concretar una determinada forma de vida social, sea que se trate del poder dentro del sistema existente, sea del poder dentro de un sistema nuevo.

Al abordar ahora este tema, y teniendo presente que “el término política suscita muchas confusiones que deben ser esclarecidas” (Oct. Adv. 46), apelamos a la distinción entre el uso del concepto en un sentido amplio y en un sentido estricto. Será indispensable determinar en cada caso, la connotación que se le busque otorgar.

En la funcionalidad de comunión de la Iglesia conviene tratar separadamente sectores que tienen teológica y pastoralmente responsabilidades específicas. Tan sólo insinuaremos algunos aspectos, dejando sentado que “La Iglesia no es la única responsable de la justicia en el mundo; tiene sin embargo su responsabilidad propia y específica, que se identifica con su misión de dar ante el mundo testimonio de la exigencia de amor y justicia...” (Sínodo, “La Justicia en el Mundo”).

1) Los laicos

Los documentos de la Iglesia —y por lo específico, vale recordar sobre todo los de Medellín—, hablan claramente de una necesidad de cambios radicales en la estructura político-social de América Latina. Sería ingenuo pensar que tales cambios puedan llevarse a cabo sin una seria y profunda acción política. A los laicos cabe una responsabilidad inalienable de acción política en el sentido estricto que se da a la Política.

Les compete la responsabilidad social y política de dar a las comunidades nacionales aquel poder supremo sin el cual se tornan imposibles las reformas profundas de la estructura social. Dentro de la tarea de renovación del orden temporal que les corresponde a los seglares como propia (Pop. Progr. 9), “se esforzarán por salvaguardar la coherencia entre sus opciones y el Evangelio” (Oct. Adv. 46).

Si, por una parte, existe ya en minorías latinoamericanas, una conciencia política en continuo crecimiento, es de lamentarse, por otro lado, que grandes mayorías permanezcan sin embargo, sea por culpa propia, sea por fuerza de las estructuras vigentes, marginadas de la participación política, y en situación de pasividad.

La misma Iglesia que proclama la necesidad de reformas radicales, no puede dejar de proclamar también el deber de los cristianos de integrarse en una acción política necesaria para lograr tales cambios. La conciencia cristiana impone a los laicos tal obligación. Deben actuar políticamente —sea como individuos, sea como grupos— dentro de la libertad y de la responsabilidad que son inherentes a su dignidad de personas humanas y de hijos de Dios. Pertenecen a ellos, mediante sus iniciativas, y sin esperar pasivamente consignas y directrices, trabajar por la renovación del orden temporal (Pop. Progr. 81).

Los sacerdotes deben fomentar y animar la participación de los laicos en la política, recordándoles que esta participación es un deber de conciencia y una forma ordenada de solidaridad para con los hermanos y el ejercicio de una responsabilidad histórica y evangélica.

Quien se dedica a la política —en sentido estricto— ha de entender que este eminente servicio social que debe ser

prestado en la óptica de una eficaz caridad al servicio de la justicia, le exige especiales capacidades y virtudes para responder a las necesidades de la comunidad que se deben anteponer a consideraciones de otro género y que deben superar totalmente la búsqueda de intereses personales. En las manos de los mismos políticos, formados en la escuela de un serio y exigente humanismo cristiano, está el rescatar el prestigio de un servicio que, frecuentemente por tristes experiencias, es mirado con desdén y suspicacia.

Se impone un cambio fuerte en la conciencia política de tal forma que encaminen realmente su aspiración al poder o a su mantenimiento, con decidida y generosa orientación a la búsqueda del bien común, no posible sin condiciones de justicia, sin “la conciencia del *derecho* al desarrollo”. La imaginación creadora, que ha de ser tan distintiva del político debe partir de un diagnóstico válido, en el que se tengan en cuenta “los obstáculos objetivos que oponen las estructuras sociales a la conversión de los corazones o también a la realización del ideal de la caridad”, “los círculos viciosos convertidos en sistema y opuestos a la promoción colectiva” (Sínodo, la “Justicia en el Mundo”), las reales posibilidades en el grado de evolución de los pueblos, con una gran confianza en la capacidad transformadora del hombre, que es como la base del “Derecho a la esperanza”.

El compromiso del político cristiano llevará a que la sensación de frustración se torne en un entusiasta despertar comunitario, al precio de la preparación, la responsabilidad y la tenacidad.

Ha de superar cualquier tentación de servirse de la Iglesia, como si se pudiera ella acomodar a una facción, o fuera un instrumento en los cálculos y tensiones de poder. De su pertenencia a la Iglesia recabará inspiración, aliento, convicción en la lucha en favor de la justicia, capacidad de entrega y de sacrificio. De este modo, apunta el Sínodo, “dan testimonio de la potencia del Espíritu Santo, con su actividad al servicio de los hombres en todo aquello que es decisivo para la existencia y el futuro de la humanidad” (Sínodo, “Justicia en el Mundo”).

A todo laico consciente compete un compromiso político en el sentido del “derecho y la obligación de buscar el bien común” (Sínodo). No podrá sentirse indiferente ante la suerte del poder social y su utilización, lo cual lo llevará

a asumir ciertos niveles de compromiso político (en el sentido estricto). Una forma de compromiso, de mayor dedicación, bajo la forma del liderazgo, sólo corresponde a pocos.

2) Los sacerdotes

El problema del compromiso político del sacerdote es complejo y difícil. En la historia de la Iglesia los linderos no se establecieron con nitidez. Actualmente constituye esto un asunto delicado para América Latina y para cada país.

Aunque las distinciones teóricas en relación con los sentidos atribuibles al concepto política, tengan su valor, su práctica aplicación tiene dificultades insoslayables, y más cuando el Pueblo de Dios prácticamente coincide con la "polis", como acontece en América Latina.

La reflexión que proponemos en estas líneas servirá seguramente de materia de reflexión, para nutrir un diálogo que abra claros cauces pastorales.

a) *El compromiso sacerdotal por el bien común y la justicia*

Es lo que hemos calificado de sentido amplio del término política.

Claro está que, por fuerza de la propia misión de la Iglesia y de la misión específicamente sacerdotal, corresponde a los sacerdotes solidarizarse con los oprimidos, defender a toda costa la justicia como valor evangélico y humano y sentir en carne propia el drama que vive América Latina. En este sentido no pueden los sacerdotes prescindir de una aguda conciencia política que, además de la sensibilidad propia del pastor, supone también una sólida preparación de conocimientos sobre el mensaje divino y sobre aquellas ciencias que les posibilitan penetrar en la realidad latinoamericana; de este modo serán fieles a la Iglesia a la que pertenecen.

Tal preparación, tanto en orden a toda participación política, cuanto en orden a la defensa de la justicia, es necesaria a los Obispos y Presbíteros en América Latina; sin ella, se torna difícil el juicio pastoral sobre los sistemas, los hombres y los acontecimientos y se puede dar la impresión de

superficialidad e inclusive de irresponsabilidad en el tratamiento de serios problemas.

Lamentablemente en algunos países de América Latina el compromiso de sacerdotes en favor de la justicia suele ser tildado en ocasiones injustamente de activa militancia en las lides políticas y se ha llegado inclusive a abiertas persecuciones y torturas de sacerdotes. La Iglesia no puede negar su apoyo a estos sacerdotes que movidos por anhelos profundamente evangélicos la sirven con el testimonio de su vida, sin apelar a métodos censurables y en comunión con las comunidades presididas por los Obispos.

Aun cuando se tratara de una real participación del sacerdote en la política en directa relación con el poder, mientras se mantenga en el uso de los derechos que han de ser reconocidos a todo ciudadano, sería un abuso del Estado impedirlo. Asunto muy distinto es la conveniencia pastoral o no, juicio que compete a la comunidad presidida por el Obispo.

Es urgente, aunque, ciertamente delicada, la tarea de ayudar en la concientización y en la formación de los laicos en orden a actividades en favor de la justicia. Los sacerdotes deben proporcionar el contenido doctrinal de aquellos valores profundos que constituyen el humanismo integral, que se nutre en el Evangelio y que se encarna en la vida por una seria reflexión de fe. Esta peculiar visión del hombre y de la historia inherente al humanismo cristiano, sostenido siempre por la Iglesia en cualquier sistema social, político y económico posible, ha de constituir la mayor preocupación en una formación integral. El sacerdote deberá evitar por todos los medios quitarle a los laicos su libertad de acción política, falla en la cual se puede incurrir de varias maneras, muy sutiles algunas.

En razón de su misión el sacerdote debe estar atento ante las múltiples formas de injusticia para ayudar a despertar las conciencias, y no permitir que se oculten o pasen desapercibidos hechos que lesionan la dignidad humana. La denuncia evangélica, sin agotar la misión profética, será en muchas circunstancias una necesidad y deberá ser normalmente hecha en forma comunitaria, con conocimiento y respaldo del Obispo, el cual debe asumir las justas y legítimas preocupaciones de sus colaboradores en la tarea pastoral. No debe ser ajena al Obispo y al Presbiterio, en la Igle-

sia particular, a las Conferencias Episcopales en diálogo con los demás sectores de la comunidad, la preocupación por profundizar en la realidad de injusticia que desgarr a América Latina, muchas veces con la forma de una "Injusticia institucionalizada" que genera una "situación de pecado social" en el que más allá del severo condicionamiento de los sistemas y de las estructuras se capta —aunque confusamente— un engranaje de responsabilidades.

La lucha por la justicia debe superar la simple proclamación retórica, para tornarse, eficazmente en un servicio evangélico que vuelca su predilección por "los más pequeños", a lo cual nos invita el Sínodo: "Nuestra acción debe dirigirse en primer lugar hacia aquellos hombres y naciones que por diversas formas de opresión y por la índole actual de nuestra sociedad son víctimas silenciosas de la injusticia, más aún, privados de voz".

b) *Compromiso Sacerdotal en relación con la búsqueda, ejercicio y distribución del poder.*

Corresponde a lo que denominamos política, en sentido estricto. Esta relación es en América Latina más problemática que en otras latitudes, dado que en muchas partes su liderazgo religioso representa un significativo influjo en otros campos de la humana actividad, al menos en vastas zonas de la sociedad rural. Una forma estricta de compromiso político del sacerdote reviste en nuestros pueblos modalidades diferentes de las de otras partes del mundo en las que la participación en política se hace en la serenidad de cuerpos colegiados y en los que la lucha política tiene —tal vez aparentemente— un colorido ambiental "académico". Por esto las analogías pueden tornarse engañosas.

El problema se vuelve especialmente denso y más frecuente, ya que no pocos sacerdotes se encuentran históricamente situados frente a disyuntivas de trascendencia: optar entre un "statu quo" inalterado y un proyecto nuevo que abriría horizontes de justicia. Esto conlleva en muchos casos el planteamiento de si, como sacerdote, puede participar activamente en la política, ya en relación más directa con el poder. Irrumpen naturalmente serios interrogantes: ¿puede el sacerdote participar en estos niveles de política que van más allá del sufragio, o del marco de simpatías o de convicciones personales, hasta llegar a la militancia en gru-

pos o en partidos, e inclusive hasta el abierto liderazgo? ¿Hay o no incompatibilidades, y en el caso de que existan, de que clase?

Esta pregunta no responde a una eventualidad sino a la exigencia de iluminación de un hecho. Hay grupos sacerdotales que tras de experimentar y compartir la miseria de nuestras gentes, su radical y global marginalidad, estiman como un deber de conciencia poner al servicio de la política su liderazgo religioso, sus capacidades y energías, no para usar ellos codiciosamente del poder, sino para que a través de él se empujen, ya la revolución social, como total transformación del sistema vigente, ya las reformas profundas en la estructura social. Aunque son grupos numéricamente muy reducidos su influjo en la opinión pública es de consideración. Existen también grupos sacerdotales que adoptan un compromiso político, más o menos definido, pero con orientación diferente y contraria.

Un estudio teórico de esta relación y de posibles incompatibilidades, a pesar de que produzca quizás desagrado en un clima cargado de emotividad, suministra un precioso criterio digno de tener en cuenta.

No hay propiamente incompatibilidades absolutas o radicales entre el ministerio sacerdotal y la activa participación en la política. En la historia abundan los ejemplos de sacerdotes que han entrado a la lid política. Actualmente hay casos en diversos lugares. Existen ciertamente *incompatibilidades relativas*, las cuales, tanto el Episcopado Latinoamericano, como el Sínodo han hecho resaltar. Hay razones de verdadero peso.

Las incompatibilidades relativas emanan espontáneamente de la misión misma del sacerdote como servidor de la comunidad: preside la comunidad, generalmente, heterogénea, la convoca y congrega por la Palabra que es mucho más de Cristo que de él mismo, la unifica de la manera más profunda por la Eucaristía. Es el servidor de la *unidad real* para la cual trabaja activamente. Sabe y cree que los cambios profundos de las estructuras están unidos fundamentalmente a los requerimientos de la conversión profunda de los corazones, aunque entiende también que los cambios estructurales van también a permitir la anhelada conversión. Es la visión equilibrada que nos propone Medellín: "La originalidad del mensaje cristiano no consiste directamente en

la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino en la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego ese cambio. No tendremos un continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras; sobre todo, no habrá un continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables" (Doc. Justicia, 3).

Un compromiso estrictamente político del sacerdote trae muchos y graves riesgos a su misión. Puede suscitar desconfianzas y recelos que restan libertad a su servicio, y muy especialmente a su servicio profético. Fácilmente se cae en la tentación de utilizar la fe y el liderazgo espiritual como instrumento de propósitos políticos.

Pertenecer a un partido político, (o a una corriente tal de opinión que aún sin el nivel de organización de un partido tensiona la comunidad) puede exigir la incondicionalidad sobre un programa o determinados proyectos, o sobre la disciplina en relación con actividades estratégicas y tácticas que piden una "obediencia" especial. El espíritu crítico puede quedar asfixiado y el marco referencial de su misión pastoral, de orden universal, sensiblemente reducida, concentrada y parcializada. La misma falta de preparación del sacerdote en el campo político, puede llevar a estos riesgos.

Hay sin embargo, circunstancias concretas que modifican el equilibrio de dichas incompatibilidades. Puede provenir de diferentes situaciones, por ejemplo, para solidarizarse con sus fieles, para corregir una situación insostenible de injusticia, etc. El sacerdote puede entonces sentirse impedido por su conciencia a un compromiso más activo de carácter político. Esta decisión no debe ser el fruto de un entusiasmo fácil. Debe nacer en un espíritu de comunidad y debe someterla a la comunidad a la que sirve y a la comunidad presbiteral de la que forma parte, la cual es presidida por el Obispo. Es evidente que una decisión de este tipo interesa a toda la comunidad, a la cual, por otros aspectos puede afectar. Por ello ha de tener sinceramente en cuenta el juicio prudencial de la comunidad jerárquica de su Iglesia local y nacional.

Esta decisión no debe ser tomada con ligereza, sino que ha de estar precedida de un profundo discernimiento de las situaciones, urgencias y posibilidades, para lo cual la opinión de los laicos cuenta mucho.

Adquieren especial valor las conclusiones del Sínodo al respecto: "El asumir una función directiva (leadership) o "militar" activamente en un partido político, es algo que debe excluir cualquier presbítero a no ser que, en circunstancias concretas y excepcionales, lo exija realmente el bien de la comunidad, obteniendo el consentimiento del Obispo, consultado el Consejo Presbiterial y —si el caso lo requiere— también la Conferencia Episcopal".

Hay sacerdotes que ya tomaron tal decisión, entre los cuales hay quienes lo hicieron por un noble ideal evangélico. En estos casos el juicio prudencial es más difícil y el ambiente de real diálogo y comprensión más necesario. ¿Sería lícito condenarlos sin más? Habrá que tener muy en cuenta la situación concreta de las comunidades. Más sencilla, aunque dolorosa, sería la solución en los casos en que la militancia política se hiciera con otro sentido, y, de hecho coincidiera con una cierta evasión de las exigencias de su ministerio.

Este es un interrogante que no sólo se plantea el presbítero angustiado, sino a muchas de nuestras comunidades.

El Obispo y el sacerdote comprometen con su opción —de hecho— a la comunidad cristiana. Muchos creerán que la suya es opción de la Iglesia. No se debe olvidar que su servicio jerárquico es *esencialmente* relacionado con el orden episcopal, con todas las incidencias pastorales de la colegialidad, y con el cuerpo presbiteral. Siendo a veces las circunstancias locales tan características se requerirá un gran respeto para no interferir desde afuera en el tratamiento que una Iglesia Nacional quiere dar a sus problemas, para lo cual ha de tener en especial consideración la situación y la enseñanza de otras Iglesias.

Sobre la jerarquía episcopal, que es como la objetivación de la independencia de la Iglesia ante los poderes del Estado, recae una especial responsabilidad. En ellos está *representada* la comunidad encomendada a su solicitud pastoral, y se "concentra" en una densidad de significación la "Iglesia" —formada por todo el Pueblo de Dios, del que hacen parte como servidores los Obispos, sacerdotes, diáconos—. Si a los Obispos les corresponde la conducción pastoral, no como si absorbieran la actividad de la Iglesia, sino en cuanto son "principio de unidad", sobre ellos se concentran también todas las presiones y tensiones, exigencias y

acusaciones, desconfianzas y provocaciones, solicitudes o rechazos que provienen del "mundo" político. No siempre se comprende la difícil situación del Obispo, que tampoco puede desconocer la realidad del poder político con el cual *alguna forma* de relación debe tener, que debe abogar por lo libertad pastoral de la Iglesia, evitando, a toda costa cualquier "instrumentalización" ya sea por partidos o facciones, ya por el mismo poder. Los Obispos, como centros neurálgicos de la Iglesia visible, en su misión de tutela y protección del conjunto de la Iglesia, constituyen el "lugar" por donde el "César" ejerce su poder intentando controlar o someter a la Iglesia. Los siglos atestiguan las dramáticas tensiones de que fue objeto el servicio episcopal. El bien de la Iglesia está siempre sobre sus deseos personales y simpatías. De ahí que tenga que estar sinceramente atento a la preocupación y opinión de su Presbiterio y del resto del Pueblo de Dios.

El Obispo y el Sacerdote, sin estar ligados a un compromiso político estrictamente hablando, en el cumplimiento de su misión deben enfrentar muchas veces situaciones que están atravesadas de tensiones políticas y que, conllevan determinadas repercusiones en la opinión pública. Esto será frecuentemente inevitable, para lo cual se necesita el ejercicio de la prudencia pastoral que no inmoviliza sino que encauza su deber pastoral, su servicio profético, su lucha por la justicia.

3) Los religiosos y la política

Nos limitaremos a unas leves pinceladas en un tema que debe ser ahondado. Por otra parte, lo expuesto sobre el sacerdote tiene valor en relación con el religioso que es también sacerdote.

El religioso, en su apertura al mundo, encuentra que tiene algo propio que aportar en un proceso liberador de entraña cristiana. La vida religiosa, asumida desde la radicalidad del Evangelio, debe penetrar el corazón de la sociedad, "alcanzar al pobre en su misma condición y compartir con él sus ansias punzantes" (Evangélica Testificatio, 18), despertar la conciencia frente al drama de la miseria, de la marginalidad y la dependencia, en una actitud de pobreza alegre, que ofrezca en su signo de disponibilidad al Señor, a la vez el *Anuncio* y la *Denuncia*.

En América Latina se experimenta entre muchos religiosos la preocupación de *saber* estar presentes en la historia, en la sociedad, sin que se pierda la rica identidad de la vida religiosa. Una creciente generosidad, un deseo de eficaz solidaridad, van surgiendo como apreciable corriente de renovación, que no siempre excluyen zonas de oscuridad y crisis. En la que hay síntomas de "falta de equilibrio y de prudencia en la elección de medios" y que "se experimenta perplejidad y turbación en la búsqueda de la propia identidad religiosa y de su misión"¹⁰, lo cual no debe atenuar la búsqueda de una presencia adecuada en un bien entendido proceso liberador, sino intensificarla. Cómo integrar "la realización de la experiencia de Dios" (LG 44), experiencia que es el núcleo centralizador y el proyecto fundamental de la vida religiosa (Perf. Carit. 1 c), ¿qué es esencial a la vocación religiosa con su concreto servicio en la sociedad, en el reto de la injusticia y la miseria? El religioso que es testigo calificado del Reino presente, en la medida en que vive profundamente el misterio de Cristo, y que "radicaliza con un compromiso público ante Dios y la Iglesia para con Dios"¹¹ ¿cómo debe entender su compromiso político?

En la dimensión de trabajo solidario por el bien común y en la lucha por la justicia, debe estar presente el religioso, desde la realidad de su propia vocación y de acuerdo, naturalmente, con el espíritu de la comunidad a que pertenezca. Es preciso reconocer, como realidad eclesial muy promisoría que "hay señales inequívocas de que los religiosos están tomando conciencia, cada vez más nítida, de los compromisos que tienen para con sus hermanos"¹², con lo cual se insertan en una tradición colmada de heroicidad evangélica de los primeros misioneros que supieron unir la predicación del Evangelio, con el testimonio de pobreza y la denuncia oportuna¹³.

10. *La vida según el Espíritu en las Comunidades Religiosas de América Latina*, CLAR, p. 13.

11. *La vida según el espíritu*, p. 39.

12. *La vida según el espíritu*, p. 65.

13. Así se expresaba *Fray Toribio de Benavente* (Motolinia) quien partió hacia México con once frailes en 1523: "...y también fue mucha parte lo que los frailes hicieron, así por la oración y predicación, como por el trabajo que pusieron en pacificar las discusiones y bandos de los españoles que en esta sazón estaban muy encendidos... Por la defensión de los indios, y por procurarles algún tiempo en que pudiesen ser enseñados de la doctrina cristiana, y porque no los ocupasen en domingos ni fiestas, y por procurarles moderación en sus tributos, los cuales eran tan grandes que muchos pueblos no pudiéndolos

La vida religiosa se inserta en la perspectiva de una *significación escatológica*, de una salvación que nos viene en el Reino de Cristo que "no es una cosa abstracta o, como si dijéramos, ahistórica, atemporal, sino algo que proviene de Dios y que debe penetrar todo el hombre y toda la historia de la humanidad, y conducir a los mismos hombres libremente al Reino de Dios, para que finalmente Dios sea todo en todos" (1 Cor 15,28)¹⁴. El religioso es el testigo convencido del Reino presente que va hacia la plenitud, en el seno mismo de la comunidad peregrina. En el corazón de la historia, en el mundo político, el religioso, profundizando su compromiso cristiano, debe dar razón de su esperanza (1 Pt 3,15), situándose en el polo de la tensión escatológica para servir *desde allí* y cumplir con su función de "manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo (y) testimonian la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo (y) prefiguran la futura resurrección y la gloria del Reino Celestial" (LG 44).

El religioso en el mundo político trabajará para orientar la mirada de sus hermanos hacia lo esencial y absoluto, "desenmascarando lo relativo que se ha tomado como absoluto" y empeñándose en "calificar y subordinar toda la realidad creada en función de la experiencia religiosa y cristiana al servicio de Dios y de los hombres"¹⁵. Para todo esto debe buscar con alegría, sin resentimientos, como heraldo de paz y mensajero de reconciliación la solidaridad con el pobre y el marginado, con la fuerza que le viene de su disposición a las exigencias del Sermón de la Montaña.

En virtud de su servicio desde el "polo escatológico", una participación del religioso en política, estrictamente con-

cumplir vendían a mercaderes que solía haber entre ellos, los hijos de los pobres y las tierras... lo cual fue causa que los españoles se indignasen tanto contra los frailes, que estuvieron determinados de matar algunos de ellos, que les parecía que por su causa perdían el interés que sacaban de los pobres indios..." (*Historia de la nueva España*, tratado Tercera). No debe dejarse extinguir el eco de la vehemente denuncia de un Bartolomé de Las Casas, defensor de los indios: "En estas ovejas mansas... entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho, de cuarenta años a esta parte, hasta hoy, e hoy en este día lo hacen, sino despodazallas, matallas, angustiallas, afligillas, atormentallas y destruillas..." (*Brevisima relación de la destrucción de las Indias*, año 1, 552).

14. Sinodo, *El Sacerdocio Ministerial*, Nº 1.

15. *La vida según el Espíritu*, pp. 14 y 66.

cebida, puede ser un obstáculo considerable para que se capte el signo liberador que quiere dar, en la dimensión del Reino. Desde una existencia enraizada en la Palabra transformadora y pacificante del Evangelio, en una sociedad dividida en facciones o en partidos, lacerada y desgarrada, el religioso debe ser a la vez una señal atrayente de conversión y reconciliación. Toda su vida debe ser un rechazo a la violencia, venga de donde viniere, en el espíritu de San Francisco "Loado seas, mi Señor, por quienes perdonan por tu amor", o en la oración que se le atribuye al mismo Santo: "Hazme Señor, un instrumento de tu paz"¹⁶.

El servicio del religioso en la sociedad tendrá mayor resonancia y eficacia. La sed del Reino, lejos de frenar las justas reivindicaciones o de restar vigor a la lucha por la justicia le dará su orientación y significación porque "la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la familia humana, el cual puede, de alguna manera, anticipar un vislumbre del siglo futuro" (GS Nº 39).

Hemos ofrecido algunas sencillas consideraciones como instrumento de reflexión, conscientes de que hace falta en muchos puntos una profundización mayor. Problemas tan complejos y delicados requieren un estudio permanente que, partiendo de las realidades de nuestro continente, lleve a una síntesis doctrinal con el espíritu del Evangelio y el magisterio social de la Iglesia.

El diálogo fraternal entre los cristianos del Continente ayudará a ahondar en muchos puntos de trascendencia y particularmente en estos problemas sociales y políticos una efectiva solidaridad entre nuestras Iglesias; permitirá que la conversión de los corazones asegure las esperadas situaciones de justicia a las que nos invita tan apremiantemente la fe en el Señor de la historia.

16. Fray Toribio Motolinía elogia a los frailes por "el trabajo que pusieron en pacificar las disensiones y bandos... tan trabados que vinieron a las armas in haber quien los pusiere en paz, ni se metiese entre las espadas y lanzas sino los frailes, y a éstos dio Dios gracia para ponerlos en paz...".